



**Instituto Europeo de  
Comunicación  
y Desarrollo**

---

## **PROPAGANDA Y NUEVO ORDEN MUNDIAL**

### **La información y la guerra en la nueva doctrina de seguridad pública**

**Dr. Francisco SIERRA \***

*“Por muy críticas que sean la situación y las circunstancias en que os encontréis, no desesperéis. En las ocasiones en las que cabe temer de todo, es preciso no temer nada; cuando se está rodeado de todos los peligros, no hay que dejarse intimidar por ninguno; cuando se está sin ningún recurso, hay que contar con todos los recursos; cuando se ha sido sorprendido, hay que sorprender al enemigo”*

**Sun Tse (“El arte de la guerra”)**

La concepción cibernética, la logística y la ingeniería armamentista basada en la computación, los sistemas de información en línea y la inteligencia artificial prefiguran hoy una teoría y una práctica castrense dirigida por un modelo holístico de análisis de la cultura y la comunicación como sistemas de dominio y reproducción del poder y una visión globalizada del Nuevo Orden Mundial en la que la estrategia militar ha reorientado sus esfuerzos hacia el desarrollo y control de los sistemas de información y las telecomunicaciones aeroespaciales, con el objetivo de evitar futuribles desórdenes, movimientos de subversión y acciones puntuales de “grupos desestabilizadores” que amenazan el mapa geoestratégico de la comunicación-mundo. Si en los años setenta se establece la doctrina de la seguridad nacional como principio rector de las comunicaciones internacionales, en esta última década el sistema global de vigilancia político-militar ha iniciado una renovación y perfeccionamiento de la tradicional teoría de defensa estratégica, basada en el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, para perfilar la fuerza y la acción bélica del Siglo XXI, de acuerdo a las características de lo que algunos de los principales pensadores del Pentágono denominan “guerra digital”.

En el actual contexto histórico, cinco supuestos enmarcan la reflexión del Pentágono sobre la propaganda en la nueva doctrina de seguridad pública :

- 1º) Las fronteras geopolíticas de las naciones han perdido importancia para los propósitos de la política de defensa.
- 2º) La noción de seguridad nacional comprende aspectos de la realidad social que van más allá del campo estrictamente militar, al incluir ámbitos de la actividad social y pública como el intercambio comercial o los sistemas jurídicos.
- 3º) La tradicional distinción entre lo público y lo privado ha quedado abolida.

4º) Al observar el carácter aleatorio e incierto de toda política de defensa, la estrategia militar depende de la recolección y procesamiento de la información y el desarrollo de formas organizativas adecuadas a la toma fundada de decisiones, apuntando así la necesidad de “ejércitos inteligentes”.

5º) Toda estrategia de seguridad se apoya, por lo mismo, especialmente, en las infraestructuras telemáticas de información, configurando un sistema global de vigilancia (Breham, 1993 : 36-43).

Según estos mismos lineamientos, la guerra del futuro es, en lo esencial, una guerra informativa, una guerra electrónica de control, procesamiento y difusión de información, en la cual la informática, los medios digitales y las formas de guerra psicológica basadas en el manejo de la información y la propaganda juegan un papel primordial. El factor tecnocomunicativo es hoy, de hecho, una referencia permanente tanto en las crecientes necesidades de movilidad y actuación rápida de las fuerzas aéreas y terrestres, como en la gestión de los datos de estrategia e intervención, la ramificación descentralizada de las fuerzas de contingencia, la coordinación operativa de las diferentes divisiones del ejército y, por supuesto, el control de los sistemas de información y decisión, concentrando el mando militar las acciones políticas, diplomáticas y civiles a través de diversas formas de control de la opinión pública y de manipulación de la información de actualidad.

La base de esta nueva doctrina estadounidense de seguridad es la estrategia de Guerra de Baja Intensidad (GBI), diseñada en los ochenta durante la administración Reagan, y hoy de plena vigencia en la estrategia propagandística desarrollada en conflictos como el de Kosovo. En el presente artículo, se revisan los fundamentos doctrinales de esta nueva concepción informativa de la guerra y la extensión internacional de la doctrina de seguridad pública del Pentágono, así como el origen histórico – y político-ideológico – de la filosofía de la “guerra de la información” que respalda el (viejo y) Nuevo Orden Mundial.

## **La política de las mentes y los corazones**

Históricamente, la evolución a partir de la segunda mitad del siglo XX de las políticas de inteligencia y manipulación informativa en la intervención y prevención de conflictos bélicos ha estado marcada por tres acontecimientos determinantes :

1º) El fracaso norteamericano en Vietnam.

2º) La revolución conservadora y la liberalización de las comunicaciones en la década de los ochenta.

3º) Y, más recientemente, la guerra del Golfo Pérsico.

Si bien para comprender el Nuevo Orden Mundial sobre el que descansa el poder cultural estadounidense en el ámbito de las comunicaciones exigiría, según advierte Chomsky, una mirada retrospectiva sobre el mapa político surgido a partir especialmente de la II Guerra Mundial, y aún antes en relación a la fase de constitución, en los años treinta, del llamado “neocapitalismo informativo”, el conocimiento y análisis del papel de los medios y las formas de propaganda en los actuales conflictos bélicos debe ser abordado, en relación al tema que nos ocupa, a partir de las “lecciones aprendidas” por Estados Unidos en la guerra de Vietnam, por ser este el principal punto de inflexión histórica en la doctrina de la información y la propaganda de guerra, cuando el Pentágono asume una nueva estrategia basada en la integración político-militar de la comunicación como parte del programa unificado de la política exterior estadounidense. En el replanteamiento de las estrategias de información y propaganda, los halcones del Pentágono identifican entonces tres frentes de batalla en la política de seguridad : el control político-informativo del Congreso, la orientación de la opinión pública y la actuación de los medios de comunicación social. Desde entonces, “ante la obstaculización de la opinión pública para librar una guerra convencional, los estrategas militares – escribe Barnet - han delimitado su nuevo territorio con

base en las amenazas que más preocupan al estadounidense promedio, al mismo tiempo que han prometido conducir una guerra indolora contra el nacionalismo revolucionario, utilizando un nuevo armamento y desplegando un nuevo fervor” (Barnet, 1990 : 268).

Washington reconocía de este modo la función de los medios informativos y la cultura como instrumentos neurálgicos de confrontación política. Si ya antes en la década de los sesenta el papel de la cultura y la comunicación había sido valorado decisivamente por el sistema de poder norteamericano, a raíz de proyectos como la Alianza para el Progreso (Eudes, 1984), las actividades diplomáticas y propagandísticas van a ser consideradas por primera vez desde entonces un factor estratégico en la doctrina político-militar.

En 1970, un comité selecto de la ultraderecha estadounidense redacta un informe para el Consejo de Seguridad Interamericana que servirá de base doctrinal para la política exterior durante la administración Reagan. El Documento de Santa Fe marca entonces una nueva era en la política estadounidense de defensa y seguridad nacional (Roitmann, 1989). Entre otras aportaciones significativas, el Documento de Santa Fe establece la guerra total y permanente como doctrina político-militar del Estado, articulando, bajo la falsa disyuntiva “democracia/comunismo”, las actividades públicas y civiles con los objetivos militares de información y propaganda. En lo sucesivo, el campo de la confrontación ideológica y cultural será percibido por el Pentágono como un problema de conquista de las mentes y los corazones, borrando los límites estrictos de demarcación de lo militar, lo político y lo civil, en función de las necesidades de seguridad nacional, como un problema de guerra.

La tarea irremplazable entre los círculos conservadores de “reparar la imagen” de Estados Unidos, ante la opinión pública mundial, para restablecer la mermada autoridad internacional y la hegemonía político-ideológica en un contexto crecientemente adverso será abanderada por la administración Reagan, en la década de los ochenta, mediante la asunción de una nueva cultura mediática en el ámbito de la comunicación política y la propaganda, determinante no sólo en el desarrollo futuro de los conflictos bélicos en diversos países de América Latina y Asia, sino también en la consolidación interna de un modelo de propaganda internacional eficaz y consistente. Paralelamente a la privatización y concentración de la industria cultural norteamericana, la cruzada conservadora hizo posible incluso el olvido del síndrome de Vietnam y la colonización belicista de la conciencia pública estadounidense :

**“Al asumir Reagan la presidencia el 20 de enero de 1981, tenía perfectamente delineados los aspectos básicos de su futura actuación en los campos internacional e interior. Se proponía revertir los efectos del llamado síndrome de Vietnam y de los deshonrosos subproductos del escándalo Watergate; desarrollar una política agresiva de roll-back, esto es, de recuperación de espacios políticos, geográficos y estratégicos supuestamente perdidos por la débil y obsequiosa conducta de su antecesor James Carter; emprender un faraónico programa de armamentismo, superador de todos los ejemplos precedentes y, merced al dinamismo que cuantiosos presupuestos inyectarían en la alicaída economía, obtener el respaldo doméstico que sobrevendría de una prosperidad sin fisuras, para sustentar una diplomacia capaz de afrontar todos los desafíos” (Selser, 1988 : 15).**

Por medio del programa de diplomacia pública, que incluía el establecimiento de oficinas dependientes directamente del poder ejecutivo, como la Oficina de Diplomacia Pública del Departamento de Estado o el Grupo de Difusión de la Política de la Casa Blanca para Centroamérica, creadas para difundir los puntos de vista del gobierno en los medios, el gobierno priorizó estratégicamente una política de desinformación y manipulación de la opinión pública, impulsando una poderosa industria de relaciones públicas y expertos analistas políticos orientados por la tradicional ideología imperialista y los valores tradicionales del “modo de vida americano”. En este proceso de reconstrucción del Nuevo Orden Mundial, la opinión pública estadounidense - y por extensión, la opinión pública internacional – habría de convertirse, funcionalmente, parafraseando a Habermas, en una opinión por aclamación. Más aún, la falsedad sin respuesta con el tiempo lograría hacer desaparecer casi por completo la existencia de una

opinión pública independiente en Estados Unidos, y los países occidentales, que, como comenta Debord, primero se vio incapaz de hacerse oír y luego, muy pronto, incluso de formarse siquiera.

Reagan y el nuevo movimiento conservadorista norteamericano tenían muy claro que cualquier proceso de refundación de la hegemonía mundial estadounidense pasaba previamente por una política de control y conformación del consenso público, que respaldara las actuaciones gubernamentales. El sistema de propaganda surgido de la Segunda Guerra Mundial debía cumplir rirugosamente en la nueva etapa histórica de dominio cultural e ideológico norteamericano con las tareas encomendadas por las élites del *stablishment* político y empresarial.

## La producción del consenso

A partir del estudio sistemático de las pautas institucionales de actuación vigentes en los medios norteamericanos, Noam Chomsky y Edward Herman ilustran, en “Manufacturing Consent : The Political Economy of the Mass Media”, cómo opera el modelo de propaganda estadounidense como eficaces transmisores de mensajes y símbolos culturales según criterios estratégicos de manipulación informativa, dirigidos a moldear, predecir y controlar el comportamiento público de las clases medias y los sectores populares en beneficio de las clases dirigentes :

**“Los factores estructurales cruciales derivan del hecho de que los medios de comunicación dominantes están firmemente incrustados en el sistema de mercado. Estos son negocios con fines de lucro, propiedad de personas muy ricas (o de otras compañías); se financian en gran parte a través de los anunciantes, que también son entidades con fines de lucro y que desean que sus anuncios aparezcan en un entorno favorable a las ventas. Los medios de comunicación dependen también del gobierno y de las grandes firmas empresariales como fuentes de información, y tanto por cuestiones de eficiencia como por consideraciones políticas – y frecuentemente por intereses coincidentes – prevalece un cierto grado de solidaridad entre el gobierno, los principales medios de comunicación y otras grandes compañías. El gobierno y las grandes empresas ajenas a los medios también están mejor situados (y poseen suficiente poder económico) como para poder presionar a los medios de comunicación con amenazas de retirada de campañas publicitarias o de licencias de televisión, pleitos por difamación y otras formas de ataque, directas o indirectas. Los medios de comunicación también sufren un sesgo anticomunista, impregnado desde antes y durante la época de la Guerra Fría, frecuentemente movilizado para evitar que los medios de comunicación criticasen las agresiones contra pequeños países etiquetados como comunistas” (Herman, 1998 : 12 y 13).**

El modelo está prefigurado por cinco filtros o factores implicados en el control y orientación de la actividad informativa :

**1. La envergadura, la concentración de la propiedad y la orientación de los beneficios de las empresas dominantes en el ámbito de los medios de comunicación.** Las presiones de tipo económico integran la actividad mediática en la lógica del mercado limitando las opciones informativas, el enfoque editorialista de los medios y el modo de organización del trabajo periodístico, sujeto a las fluctuaciones financieras, en el proceso de concentración y conglomeración de la industria cultural, que marca como prioritario el criterio de rentabilidad por encima de cualquier pretensión de servicio público. Los grupos de control de las grandes *networks* y conglomerados multimedia estrechan de tal forma los vínculos económicos con el capital financiero e industrial que los medios de comunicación terminan reproduciendo fielmente la línea ideológica de las élites y el *statu quo* de las clases dominantes.

**2. La publicidad como fuente de ingresos y financiación de los medios.** El discurso publicitario, como ha hecho ver Armand Mattelart, actúa como ideología del mercado libre y los intereses capitalistas en la sociedad de consumo, al punto incluso de influir y determinar la existencia de los medios y sus contenidos. La comercialización de los espacios mediáticos como soportes publicitarios no sólo deriva en una directa dependencia de los medios respecto a los anunciantes, además la profesión informativa ha acabado plegándose a los intereses de la poderosa industria de relaciones públicas. “Si se plantea un conflicto entre el interés por contar las cosas que ocurren y el de una empresa que se anuncia en el medio (por tanto lo financia) no hay ninguna duda de que el medio se acabará decantando por la segunda” (Quirós, 1998 : 228). La publicidad juega además un rol significativo en el proceso de concentración informativa, como factor de desarrollo de los conglomerados multimedia que ha terminado restringiendo los estrechos márgenes del pluralismo informativo en detrimento de la prensa obrera y radical. “Con la publicidad, el mercado libre no ofrece un sistema neutral en el que finalmente decide el comprador. Las elecciones de los anunciantes son las que influyen en la prosperidad y la supervivencia de los medios” (Chomsky/Herman, 1990 : 43). Y, peor aún, determinan la orientación de los contenidos y la estrategia de programación de los medios masivos, especialmente de la radio y la televisión, cuya oferta resulta banalizada por la lógica del rating que obliga a cautivar grandes volúmenes de audiencia, en un marco de desreglamentación competitiva cuyo resultado es el creciente declive y empobrecimiento cultural en los espacios mediáticos; sin olvidar la funcionalidad de esta cultura del entretenimiento, criticada por Neil Postman, como una forma de bárbara intromisión del show business en la configuración del espacio público, funcional en última instancia a los fines de las élites del poder.

**3. La dependencia de los medios de la información proporcionada por los expertos, el gobierno y las empresas, financiada y aprobada por los proveedores principales y otros agentes del poder.** Los medios de comunicación colectiva mantienen una relación simbiótica con las fuentes de información poderosas, tanto por necesidad económica como por reciprocidad de intereses. La regularidad con la que operan los medios de información está fuertemente determinada por los supuestos restringidos impuestos por la dependencia acrítica de las fuentes de información de las élites y su participación en campañas de propaganda. Los medios han de satisfacer un flujo constante y fiable de materia prima informativa que, en satisfacción de la necesidad diaria de noticias y sus apremiantes horarios, la estructura administrativa de los gabinetes de prensa y la industria de relaciones públicas pone a disposición gratuitamente, facilitando la labor periodística de los profesionales de los medios. Las fuentes gubernamentales y económicas tienen el mérito de ser “respetables” y ser reconocidas como veraces ante la opinión pública debido a su status y prestigio. “Para consolidar su privilegiada posición como fuentes de información, los promotores de informaciones gubernamentales y empresariales se esfuerzan por facilitar las cosas a los organismos informativos. Así, les proporcionan instalaciones en las que reunirse, dan a los periodistas copias de discursos por adelantado, e informes posteriores; programan conferencias de prensa teniendo en cuenta las horas de cierre de recepción de noticias; escriben comunicados de prensa en lenguaje asequible, y organizan cuidadosamente sus conferencias de prensa y sesiones fotográficas (...) Debido a los servicios que proporcionan, a los continuos contactos que genera su actividad normal y a la dependencia mutua, los poderosos pueden utilizar relaciones personales, amenazas y recompensas para influenciar y coaccionar aún más a los medios de comunicación. Estos pueden sentirse obligados a dar por buenas historias extremadamente dudosas y a acallar sus críticas para no ofender a sus fuentes de información y perjudicar su estrecha relación con éstas” (Chomsky/Herman, 1990 : 55 y 56). Las fuentes oficiales de información tienden de este modo a aprovecharse de las rutinas y de la dependencia de los medios para reforzar sus posiciones y puntos de vista en el espacio público y manipular el debate político mediante el establecimiento de una agenda temática específica.

**4. Las contramedidas y correctivos diversos como método para disciplinar a los medios de comunicación.** En el caso de periodistas o espacios críticos disidentes en sus líneas editoriales y modo de representar informativamente la realidad sociopolítica, el sistema de control de la comunicación social en Estados Unidos dispone de diversas formas de respuesta al fin de restablecer la función social asignada por las élites y el poder económico a los medios informativos,

silenciando las réplicas y críticas al sistema dominante. “El gobierno es uno de los mayores productores de estas respuestas críticas, que ataca, amenaza y corrige habitualmente a los medios de comunicación, e intenta poner cualquier desviación en la línea establecida. La propia gestión de las noticias está diseñada para producir estas respuestas críticas” (Chomsky/Herman, 1990 : 68). De tal forma que antes que la autocensura ponga en juego su función de adaptación a la norma dominante de las élites, el sistema empresarial, las élites del gobierno y los propios propietarios de los medios disponen de amplios resortes de coerción para presionar sobre los informadores, incluida listas negras que hacen efectiva la sumisión del sistema público de información al servicio de los “intereses especiales”.

**5. El anticomunismo como religión nacional y mecanismo de control.** La ideología de la guerra fría ha extendido además entre los medios estadounidenses una cultura de movilización contrarrevolucionaria arraigando entre los profesionales y propietarios de los medios los mecanismos ultraconservadores de control por la fe en la bondad de las políticas internacionales e internas del gobierno contra la amenaza soviética. “Esta ideología ayuda a movilizar a la población contra un enemigo, y dado que éste es un concepto difuso puede utilizarse contra cualquier persona que propugne una política que amenace los intereses de la propiedad o apoye los acuerdos con los estados comunistas y los radicales. De esta manera ayuda a fragmentar a los movimientos obreros y de izquierdas , y actúa como mecanismo de control político” (Chomsky/Herman, 1990 : 68). La importancia de este filtro no sólo es identificable en Estados Unidos y la época de la guerra fría. En los países occidentales, toda referencia a políticas alternativas en el ámbito económico es descalificada y representada marginalmente por el discurso anticomunista reinante en los medios, prevaleciendo en otros casos la implementación de un discurso periodístico de la amenaza oculta como paranoia informativa en forma de guerra santa (Guerra del Golfo Pérsico), guerra humanitaria (Guerra de Kosovo) o diatriba contra el “peligroso fundamentalismo islámico”. En los medios se impone así, de forma totalizadora, una dicotomización ideológica y cultural que hace efectivo y duradero la actuación de los filtros de control político sobre la población.

En su explicación estructural de la lógica que orienta la conducta y actuación de los medios de comunicación colectiva, Chomsky y Herman conciben el modelo de propaganda como una descripción institucional de los medios de difusión como sistemas de poder regulados por los parámetros ideológicos y los intereses elitistas, implicados y unificados en una posición ideológica compartida, más o menos flexiblemente, en cada información según el grado de importancia y el modo en que afectan sus intereses especiales. Los criterios de objetividad, independencia o responsabilidad social de los informadores juegan aquí un papel secundario respecto al poder profundo y estructural que establecen las relaciones de control asociadas a cada filtro. Si acaso la única función reconocible es, como critica Bagdikian, la de cegar y omitir explícitamente los compromisos y dependencias que ligan a los profesionales de la información con las autoridades y los poderes económicos. De hecho, “la censura (en los medios) es en gran medida autocensura, por un lado de periodistas y comentaristas que se ajustan a la realidad de los requerimientos organizativos de las fuentes y de los medios de comunicación, y por otro de los responsables de alto nivel de dichos medios, que fueron elegidos para poner en práctica las constricciones – que en muchos casos han interiorizado – impuestas por los propietarios y por otros centros de poder, tanto del mercado como gubernamentales” (Chomsky/Herman, 1990 : 14) :

**“Chomsky sostiene que la pauta funcional de la propagación por los medios de unas ideas que se ajustan a los intereses de la élite (el primer componente del modelo de propaganda) refleja una política relativamente consciente de engaño buscada por las élites, unas élites que actúan con el apoyo voluntario – si bien inconsciente – de intelectuales y periodistas y cuya preocupación reside en impedir el surgimiento de una oposición a su poder que previsiblemente podría emerger desde las filas de una población (la clase media) que conociera la verdad acerca de sus inmorales propósitos y acciones (...) El modelo, en sí mismo, ni afirma ni implica que la conformidad ideológica en el grupo o los grupos a alcanzar se produzca realmente como resultado de la propaganda, o que la conformidad ideológica sea la causa principal de la conducta obediente, ni siquiera que la conformidad ideológica exista” (Cohen/Rogers, 1993 : 123).**

La teoría del control y la fabricación del consenso mediático no es una teoría de los efectos, sino del modo de organización y actuación por el que operan los emisores individuales y colectivos en el proceso de producción y difusión de información pública, cuyo objetivo no es otro que ilustrar y esclarecer cómo tiene lugar la producción real del consentimiento en las democracias capitalistas y el papel de los medios de comunicación, su *modus operandi*, en el proceso de mantenimiento del status quo, que explica el sentido ideológico de los mensajes que prevalecen en los espacios periodísticos como resultado de las restricciones y mecanismos que subyacen en la producción noticiosa, especialmente acentuados en conflictos bélicos como la guerra del Golfo Pérsico o el bombardeo sobre Yugoslavia.

La crítica a los “guardianes de la libertad de expresión” se constata empíricamente al observar que del flujo total de información que ofrecen los principales medios de comunicación colectiva prima un sesgo sistemático orientado al mantenimiento de las disposiciones existentes funcionales al poder y a las ventajas o privilegios especiales de las élites. En “Ilusiones necesarias”, Chomsky demuestra en efecto cómo “el equilibrio del mercado se alcanza cuando están en sintonía los editoriales y los anuncios. Por su estructura : el poco espacio y tiempo de que disponen los redactores se prestan más a la regurgitación de beaterías convencionales que a presentar pensamientos poco familiares o conclusiones sorprendentes” (Ibáñez, 1992 : 9). Lo que resulta esencial, en definitiva, es poder fijar el orden y enfoque de la información :

**“En el sistema democrático, las ilusiones necesarias no se pueden imponer por la fuerza. Más bien, se ha de instalar en la mente del público por medios más sutiles. Un estado totalitario puede estar satisfecho con niveles inferiores de lealtad hacia las verdades requeridas. Es suficiente que la gente obedezca; lo que piensen constituye una preocupación secundaria. Pero en un orden político democrático siempre existe el peligro de que el pensamiento independiente se pueda traducir en la acción política, de manera que es importante eliminar la amenaza de raíz. No se puede silenciar el debate, y de hecho, en un sistema de propaganda que funcione adecuadamente, no debería silenciarse, puesto que si queda constreñido a unos límites adecuados tiene una naturaleza que sirve para reforzar al sistema. Lo que resulta esencial es establecer los límites con firmeza. La controversia puede imperar siempre que se adhiera a los presupuestos que definen el consenso de las élites, y lo que es más, debería fomentarse dentro de estos límites, colaborando así al establecimiento de estas doctrinas como la condición misma del pensamiento pensable y reforzando al mismo tiempo la creencia de que reina la libertad” (Chomsky, 1992 : 64 y 65).**

Chomsky observa que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, los medios de comunicación adoptan un modelo de organización y desarrollo de la producción informativa adaptado al proceso de expansión imperialista de la política exterior norteamericana, definiendo públicamente los problemas políticos de actualidad de acuerdo a los intereses del nuevo orden mundial emergente, como parte de un proceso que el padre de los estudios de opinión pública en Estados Unidos, Walter Lippmann, denomina la “fabricación del consenso”. La actividad de los gatekeepers va a ser orientada, desde entonces, por un fuerte sesgo ideológico en la elección de los contenidos y tematizaciones informativas, ajustadas a la criba previa de profesionales que “piensan lo que deben pensar”, de acuerdo a nociones interiorizadas en un proceso de adaptación personal a las limitaciones de la organización, la propiedad, el mercado y el poder político. El dominio de los medios de comunicación por parte de la élite y la marginación de la disidencia que se deriva de la actuación de los filtros explicados se realiza de manera tan natural que los comunicadores que trabajan en las organizaciones informativas son capaces de autoconvencerse de la libertad de elección, tratamiento e interpretación de las noticias como profesionales independientes. El modelo lo impregna todo. Las lógicas institucionales que orientan la acción informativa determinan así las premisas de construcción de los discursos y las interpretaciones mediáticas, delimitando qué es periodístico y digno de publicarse y qué no, según las bases de funcionamiento del sistema y las necesidades de las campañas propagandísticas promovidas desde la industria de relaciones públicas.

Esta dialéctica de control y difusión de los objetivos de la propaganda, vinculados a los intereses dominantes de la élite en el gobierno y el mundo de los negocios, cobrará plena vigencia con la “revolución conservadora”. La administración Reagan inaugura con su gobierno un nuevo estilo y

una nueva política de relación con los medios y los informadores, basada en la persuasión antes que en la fuerza.

El primer objetivo del nuevo gobierno republicano va a ser el desarrollo de una amplia campaña de relaciones públicas dirigida a cambiar la percepción pública estadounidense en la redefinición global de la doctrina de seguridad nacional. Buena parte de los recursos de los departamentos de operaciones especiales se centrará en la misión de persuadir al pueblo norteamericano de la supuesta amenaza comunista, para someter a la opinión pública, en la guerra de las ideas, con el fin de garantizar posteriormente el apoyo a la guerra de baja intensidad. En este empeño conservador, los medios se vieron poblados de numerosos expertos derechistas, que se encargarán de analizar el panorama internacional y la seguridad interna de Estados Unidos definiendo los puntos de vista oficiales, pagados por firmas comerciales o fundaciones de investigación ligadas entre sí por intereses mutuos con el Pentágono. Como analiza Sara Miles, “La guerra contra el terrorismo dio lugar a toda una industria casera de expertos derechistas, muchos de ellos con acceso directo al diseño de estrategias de la administración, que vinieron a proporcionar la parte intelectual que pondrá a la opinión pública en pie de guerra (...) El terrorismo se volvió una etiqueta para prácticamente todas las formas de conflicto que emanaban del proceso de cambio en el Tercer Mundo” (Miles, 1988 : 32) :

**“Los círculos ultraconservadores lograron crear a principios de los años ochenta una atmósfera extremadamente asfixiante de chovinismo y patriotía e intolerancia ante cualquier opinión contraria. Esta campaña tomó tales dimensiones que, hasta aquellos escasos personajes del Congreso a quienes repugnaba esta conducta política, optaron por callar o dejar hacer a los demagogos ultraderechistas. Temían con razón verse convertidos en blanco de sus ataques manejados por organismos de fama reciente, como Moral Majority, American Enterprise Institute o la Heritage Foundation” (Selsler, 1988 : 102).**

Todo para el nuevo gobierno podía ser tildado a partir de entonces como subversivo y, por extensión, también como terrorista. En el fragor de la campaña propagandística de acoso a las ideas liberales y al pluralismo ideológico en los medios, la administración Reagan iniciará una caza de brujas interna en contra de la disidencia social. Las nuevas formas de “vigilancia electrónica” fueron incluso utilizadas por el gobierno como medio de domesticación de los movimientos sociales, desmantelando toda posible resistencia al proceso de reestructuración de la hegemonía político-militar estadounidense.

En palabras del expresidente de Rand Corporation, el mayor problema no era el Tercer Mundo sino Estados Unidos. Por ello, la nueva derecha construyó un discurso político paranoico y demagógico entre la opinión pública norteamericana sobre la supuesta amenaza del comunismo, el narcotráfico y el terrorismo internacional que tan buenos resultados proporcionó en otras épocas recientes de la historia de los Estados Unidos.

En este contexto, habría de originarse la nueva estrategia informativa y propagandística desarrollada por el complejo militar del Pentágono y la estrategia contrainsurgente de guerra de baja intensidad.

## **La doctrina de la guerra total y permanente**

Como parte de la estrategia de confrontación y guerra psicológica en la configuración de la hegemonía estadounidense y la estabilidad del Nuevo Orden Mundial, conformado históricamente como espacio de desarrollo y expansión de la transnacionalización económica, el Pentágono experimenta en Centroamérica durante la década de los ochenta una nueva estrategia política incorporada a la doctrina militar y propagandística del Ejército. La nueva política de intervención en los países del Tercer Mundo se inicia en 1985 con el proyecto sobre la Guerra de Baja Intensidad. La doctrina de la seguridad nacional se transforma entonces en guerra total contrainsurgente y en lucha



antiterrorista. Las Fuerzas de Operaciones Especiales, integradas por expertos en contrainsurgencia, se erigen entonces en la punta de lanza de las fuerzas militares estadounidenses en la intervención en zonas de conflicto del Tercer Mundo.

En 1986, el Congreso norteamericano aprueba la Ley de Reorganización del Departamento de Defensa en apoyo de las operaciones de los Boinas Verdes y las tropas de asalto, con el respaldo de las campañas de desinformación y propaganda de la Agencia de Información (USIA) y el apoyo logístico de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID).

La nueva estrategia contrainsurgente será concebida como una respuesta del ejército a la conciencia de la necesidad de una nueva doctrina, organización táctica y disposición de fuerzas en el contexto de las diversas guerras irregulares generadas en la periferia del sistema de poder internacional.

La estrategia bélica de la GBI nace entonces como estrategia político-militar de restauración de la hegemonía estadounidense en el Tercer Mundo, dirigida a frenar y revertir el avance de los movimientos populares mediante la aplicación global de diversas formas de intervención no convencionales.

Seis características fundamentales definirán esta nueva doctrina :

- 1º) La defensa de los regímenes e intereses económicos del orden social dominante en los países aliados frente a levantamientos y movilizaciones masivas.
- 2º) La implementación de iniciativas sociales, políticas y económicas dirigidas a ganar las mentes y los corazones de la población en favor de los intereses aliados.
- 3º) El despliegue de unidades y operativos especiales de élite adiestrados en la intervención en “acciones quirúrgicas” encubiertas.
- 4º) El recurso a una amplia gama de operativos militares según el contexto de intervención.
- 5º) El desarrollo y aplicación de las fuerzas de despliegue rápido orientadas por el uso aplastante de la fuerza y la potencia de fuego.
- 6º) La dirección política y la guerra psicológica de legitimación de la aplicación intensiva de la fuerza militar a través de las campañas de información y propaganda, pensadas para modificar las actitudes y percepciones públicas de la población civil, mediante la persuasión de acuerdo con los objetivos y valores de orden y seguridad militar (Aguirre/Mathews, 1989).

A partir de la apreciación de la naturaleza distinta del nuevo escenario geopolítico en el panorama de las relaciones internacionales y de la conciencia de la necesidad de un nuevo enfoque operativo en la estrategia de intervención del Pentágono, Estados Unidos variará sustancialmente su cultura militar intervencionista y hasta el marco doctrinario de la política de expansión de sus intereses económicos en virtud de una concepción de la guerra total y prolongada. Desde entonces, la doctrina político-militar ha asimilado como propia una concepción de la seguridad internacional basada en el cuestionamiento del concepto de soberanía, de los límites y fronteras regionales y hasta incluso de los márgenes de definición de la guerra y la paz.

La noción de “desarrollo progresivo” ilustra de forma clarividente la nueva concepción de la guerra en nuestro tiempo como un proceso gradual de intervención conforme a la intensidad e importancia de la escalada bélica. Se trata, en fin, de un significativo cambio de una estrategia de despliegue (concepción distributiva de la guerra) a una visión proyectiva de los ejércitos y la estrategia militar, siendo lógicamente la información (el espacio de los medios y tecnologías informativas) el principal instrumento de intervención, y la guerra una estrategia de vencimiento por el con-vencimiento, una guerra mediática y de propaganda que, desde el conflicto del Golfo Pérsico,

viene legitimando la actuación de un discurso y una política informativa regida por el principio absoluto de la seguridad pública.

A diferencia de la doctrina clásica de seguridad nacional, hoy la extensión de la estrategia de GBI como filosofía de la guerra total y permanente presupone la realización hasta sus últimas consecuencias de una cultura mediática de videovigilancia global, en la que la seguridad es consagrada como principio rector de la vida pública. La pedagogía militar de la guerra de la información consiste precisamente en la calculada y ambigua extensión de la vida política y social. Hoy la política de seguridad nacional, e internacional, se extiende a todas las formas de comunicación electrónica.

Si la guerra y la paz no son hoy situaciones claramente discernibles ni diametralmente opuestas, sino componentes de un mismo proceso a escala de gestión de un orden mundial precario y acechado por nuevos conflictos internacionales, las turbulencias y desórdenes globales de una geopolítica del caos legitimaría como necesaria una estrategia de guerra total y permanente en la que se relacione adecuadamente la aplicación de la fuerza con los resultados políticos deseados, recurriendo de forma combinada a los medios y las técnicas de desinformación y propaganda como soportes indispensables de los ejércitos.

Para lograr la unidad de esfuerzos y el plegamiento de los objetivos políticos de la administración pública (Departamento de Estado) a los objetivos militares (Departamento de Defensa) a través de la coordinación del Consejo Nacional de Seguridad, el Alto Mando del Ejército norteamericano propone en primera instancia como acción militar prioritaria la estrategia de manipulación informativa a partir de la comunicación y la acción disuasora, las filtraciones administradas, la guerra psicológica y la centralización de fuentes por los medios, agencias y servicios especiales de los Estados Unidos. La doctrina de la guerra informacional tiene como referente, en este punto, la experiencia del Golfo Pérsico, donde la experiencia tecnomediática y comercial ha servido para relanzar proyectos herederos de la filosofía de la guerra de la galaxias para alcanzar la preeminencia absoluta de Estados Unidos en el próximo milenio tanto en el potencial de recursos materiales como en la distribución informativa y las redes de telecomunicaciones :

“Para Estados Unidos, el objetivo central de una política exterior en la era de la información ha de ser el de ganar la batalla de los flujos de la información mundial, dominando las comunicaciones, al igual que Gran Bretaña dominó una vez los mares” (Rothkopf, 1998 : 18).

Ahora, si bien la política informativa de manipulación y ocultación de los hechos considerados sensibles ha sido en el siglo XX un elemento estratégico en la planeación y desarrollo de los conflictos bélicos por los estados mayores de los ejércitos, el diseño actual de la política de información sobre la guerra administrado por el “grifo de imágenes” es planteado de manera flexible y multifuncional según el caudal de noticias y las necesidades de mayor o menor saturación mediática por los actores protagonistas del conflicto, al fin de convertir los acontecimientos mediáticos en un hecho banalizado y asimilable para los profesionales de los medios, desde una filosofía y estrategia global de la sociedad de la información, como ha sucedido en el último bombardeo de Irak y la novelada crisis Lewinsky, siguiendo la experiencia de la guerra del Golfo.

Esta nueva estrategia asume como propios los principios de la Guerra de Baja Intensidad manejando en función de la situación y características del conflicto formas distintas de intervención, de la persuasión a la disuasión, pasando por el uso de la violencia política y militar masiva y coordinada. Tal política militar, y su integración definitiva en el sistema mediático y las redes e infraestructuras de información, es, en cualquier caso, planificada en función de lo que Chomsky denomina la producción del consentimiento.

## Guerra digital

Un concepto funcional estratégico en esta visión de las nuevas formas de guerra psicológica es la noción de guerra virtual. La guerra informacional es teorizada por el Pentágono como una “no guerra” en la medida que la legitimidad de la intervención armada entre la opinión pública y las instituciones políticas nacionales e internacionales es inversamente proporcional al número de muertos. En efecto, “en esta época de transmisiones en vivo mediante la CNN, el público estadounidense manifiesta muy poca tolerancia a las bajas. Ante el relativamente poco apoyo popular que inicialmente recibió la liberación armada de Kuwait, es difícil creer que el pueblo estadounidense acepte la pérdida de muchas bajas en cualquier conflicto futuro” (Metz, 1994 : 78). La “guerra quirúrgica” es pues una condición de la nueva conciencia bélica que, en coherencia con el discurso científico, cibernético y racionalista de Occidente, es respaldado por una vaga e interesada noción instrumental de progreso común a la filosofía de la comunicación que instituye la acción de los medios.

La concepción de limpieza bélica es, paradójicamente, coincidente con la redundante noción de limpieza étnica de los relatos periodísticos ficcionalizados como parte de la cultura del espectáculo que gobierna la puesta en escena audiovisual. El reinado de la televisión favorece, en este sentido, la representación de la guerra como un simulacro.

### La espectacularización de la guerra

El sistema de dominación espectacular, tal y como ha sido definido críticamente por Guy Debord, opera concentrada y descentralizadamente : por un lado, obedece a un proceso de expansión hacia los extremos, hacia todos los lados y “tiempos sociales” (de ahí que la temporalidad discontinua, simultánea y diversa de la experiencia cultural, lejos de ser emancipadora, como aseguran algunos teóricos de los estudios culturales, en realidad responde a una misma lógica de “sincronización espectacular difusa”), al tiempo que, por otra parte, se refuerza la densidad de control centralizado. Estamos, pues, ante un modelo “espectacular integrado” que “se manifiesta a la vez como concentrado y difuso :

**“En cuanto al lado concentrado, el centro dirigente ha pasado a estar oculto : no lo ocupa ya nunca un jefe conocido ni una ideología clara. Y en cuanto al lado difuso, la influencia espectacular jamás había marcado hasta tal extremo la casi totalidad de las conductas y de los objetos que se producen socialmente”** (Guy Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona, 1999, p.21)

El futuro de la guerra electrónica es la intervención en tiempo real y la supresión de las transmisiones televisivas de las fuerzas enemigas modificando imágenes, situaciones y escenarios audiovisuales, incluso con proyecciones holográficas.

La realidad virtual constituye, en este sentido, un elemento de formación y adiestramiento individual y colectivo, así como de instrucción para el liderazgo y puesta en escena de la guerra. La idea de ejército inteligente descansa precisamente en este concepto proyectivo de las nuevas tecnologías de la información.

La simulación tridimensional del teatro de operaciones y la unificación del mando del ejército como sistema de información y acción tecnológica anticipa así una concepción tecnocomunicacional y una morfología del cuerpo militar completamente distinta.

### Ejército-red

La instauración de un nuevo sistema hegemónico de “dominación espectacular” ha supuesto una transformación social tan profunda que, lógicamente, también ha cambiado el arte del gobierno y de la guerra. Si Clausewitz hizo célebre la distinción entre táctica, como empleo de la fuerza en combate para alcanzar la victoria, y estrategia, como el empleo de las victorias a fin de alcanzar los objetivos de la guerra, hoy la solución de continuidad entre una y otra es prácticamente indiscernible en la definición de la escalada de intensidad, baja o alta, de los conflictos, al punto que toda la vida social aparece como un problema de seguridad pública, sujeto a la táctica y a la estrategia militar, en una concepción de la guerra, representada en los medios, total y prolongada.

En la era tardomoderna de la sociedad-red, el particular desarrollo que la economía de nuestra época ha definido impone en todas partes la formación de nuevos vínculos personales de dependencia y protección :

“En todas partes se observa la formación de redes de influencias y de sociedades secretas, porque así lo exigen imperiosamente las nuevas condiciones de una gestión lucrativa de los negocios, desde el momento en que el Estado juega un papel hegemónico en la orientación de la producción y que la demanda de toda mercancía depende estrictamente de la centralización alcanzada por la información-incitación espectacular, a la cual tienen que adaptarse también las formas de distribución” (Debord, op.cit., p.82).

La noción de Ejército-red nace vinculado a una concepción informacional de la guerra como incluso “guerra civil preventiva” pensada para la anticipación calculada de previsible puntos de intervención conforme a lo que Debord denomina “lo espectacular integrado”:

“Esa fuerza de vigilancia e intervención se ve llevada precisamente por las necesidades presentes que condicionan su empleo a adentrarse en el terreno mismo de la amenaza para combatirla por adelantado. Por ese motivo, la vigilancia tiene interés en organizar ella misma unos polos de negación a los que informará al margen de los medios desacreditados del espectáculo, esta vez a fin de influir no ya en los terroristas, sino en las teorías” (Debord, op.cit., p.97).

“Dentro de una misma red que persigue aparentemente un mismo fin, aquellos que no constituyen más que una parte de la red están obligados a ignorar todas las hipótesis y las conclusiones de las otras partes y, sobre todo, las de su núcleo dirigente. El hecho bastante notorio de que todos los datos acerca de lo que sea pueden ser datos enteramente imagiarios, falseados o interpretados de manera inadecuada, les complica los cálculos a los inquisidores e introduce entre ellos un grado considerable de incertidumbre; pues lo que basta para hacer condenar a alguien, quizá no sea tan fiable a la hora de conocerlo o de utilizarlo. Como las fuentes de información rivalizan unas con otras, las falsificaciones hacen lo propio” (Debord, op.cit., p.96).

El concepto rector de la sociedad informacional popularizado por Manuel Castells es, en la actualidad, la metacategoría directriz con la que se piensa y organiza el ejército de la comunicación-mundo. En la política de redefinición de la doctrina militar por el Departamento de Estado norteamericano, la seguridad de los sistemas de información y las redes telemáticas es la base de articulación de las estrategias militares. “ Las fuerzas conjuntas; las coaliciones, a veces ad hoc; las operaciones entre agencias; las reglas precisas de combate, ejecutadas bajo la mirilla de los medios de comunicación mundial casi instantáneas; tal vez percepciones erróneas respecto a las bajas; la reducción de tiempo entre la crisis observada y el desplazamiento de las tropas, al igual que entre el momento de llegada al país y el cumplimiento de la misión, todo lo que contribuye a que el uso de la fuerza militar sea

único” son indicativas de las nuevas y diversas formas de intervención militar que justifican una estrategia flexible en la ambigua definición del enemigo (Dubik/Sullivan, 1995). La noción “red” se asocia, en este punto, informacionalmente, a la concepción del sistema mundial como un espacio caótico, amenazado por múltiples desestabilizaciones, conflictos locales, fisuras, desórdenes y terrorismos varios.

Los tanques del pensamiento norteamericano identifican como amenazas de la comunicación-mundo :

- La pobreza y el subdesarrollo económico en el Tercer Mundo.
- Los desastres ecológicos.
- El nacionalismo.
- El fundamentalismo religioso.
- Las agresiones contra fronteras internacionales de “Estados reaccionarios” (Irak, Irán o Corea del Norte, por ejemplo).
- La proliferación de armas de destrucción masiva y sistemas balísticos avanzados.
- Guerras y conflictos civiles por razones étnicas, religiosas o territoriales.

La infosfera mediada por los sistemas de información periodística, y los circuitos de producción y almacenamiento electrónicos, es descrita por la nueva doctrina militar del Pentágono como un escenario paradójico y complejo, un espacio azaroso e incierto, amenazado por múltiples conflictos locales y diversos e imprevisibles factores en el campo de la economía, la sociedad civil y la cultura. Así, frente a una cultura militar distributiva, operativamente mecanizada y de intervención masiva, la organización bélica de la sociedad-red establece un modelo de organización descentralizado, fluído, dinámico y virtual. La reestructuración de los ejércitos en función de un modelo organizativo reticular, glocal y desterritorializado se erige en premisa ideal de la política de desarrollo militar en el nuevo milenio.

En este contexto prefigurado, la nueva estrategia estadounidense de seguridad nacional comprende el desarrollo de un proceso de apertura (free flow information) y de control continuado y flexible (televigilancia) frente a la habitual doctrina de contención de la época de la Guerra Fría. El objetivo político-militar del Pentágono es el dominio de las redes de información para el gobierno del mundo y, en consecuencia, la implantación de un sistema de vigilancia total y permanente. La arquitectura del sistema mundial de poder en torno al complejo tecnocomunicacional de los medios descansa en una concepción estratégica y operativa electrónica. La multiplicación y flexibilidad de las redes informáticas como parte de la estructura básica de organización militar ha multiplicado los sistemas de seguridad y las técnicas de registro criptográfico para el control centralizado de la información considerada sensible. Como señala Herbert Schiller, citando fuentes oficiales, si la supremacía nuclear era la condición sine qua non para dirigir las condiciones de antaño, hoy el sistema de distribución de poder se concentra en los sistemas de información :

**“Para Estados Unidos, el objetivo central de una política exterior en la era de la información ha de ser el de ganar la batalla de los flujos de la información mundial, dominando las ondas, al igual que Gran Bretaña dominó una vez en los mares (...) A Estados Unidos le interesa económica y políticamente velar por que, si el mundo adopta una lengua común, ésta sea el inglés; que, si ese mundo se orienta hacia normas comunes en materia de telecomunicaciones, de seguridad y de calidad, estas normas sean armoniosas; que, si sus diferentes partes están interrelacionadas por la televisión, la radio y la música, los programas sean americanos; y que, si se elaboran valores comunes, se trata de valores en los cuales se reconozcan los norteamericanos” (Schiller, 1998 : 18).**

La noción de red y los procesos sociales articulados en torno a los flujos de información son la base del pensamiento administrativo que propone la organización de nuevas formas de producción, consumo, socialización, expresión cultural y, por supuesto, de organización de la guerra, bajo la filosofía y el liderazgo de los Estados Unidos.

La descentralización en la toma de decisiones, la flexibilidad organizativa, el desarrollo de sistemas de información y organización reflexivas e inteligentes capaces de aprender, autoorganizarse y operar, adaptativamente, según las transformaciones del complejo entorno configurado por las sociedades de alto riesgo son referencias dominantes en la nueva doctrina militar del Pentágono. Hoy la retórica de la guerra se apoya en una lectura sistémica de la globalización, inspirada en el principio de incertidumbre, en las nociones básicas de las teorías del caos y de las catástrofes como un marco legitimador de la política bélica mundial.

## **Ejército inteligente**

Los sistemas de vigilancia y control planetario con sede en Fort Meade tejen mundialmente un dispositivo de espionaje y gestión informativa al servicio de los intereses geoestratégicos estadounidenses según una nueva doctrina de seguridad nacional que el servicio de información americano, integrado por un amplio cuerpo de funcionarios (linguistas, informáticos, relaciones públicas, analistas de sistemas, expertos en flujos de datos, etc . . . ), coordina cubriendo todo el área y formas de contraespionaje.

La National Security Agency (NSA) es la agencia responsable de la protección, desarrollo y control de las comunicaciones militares y administrativas, el desarrollo de las tecnologías de la información, la seguridad de las redes informáticas, el espionaje vía satélite y hasta la coordinación de la guerra en el espacio :

**“La agencia es el mascarón de proa de un pacto de recogida de información entre los Estados Unidos y los servicios de información de Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda (...) Sus atribuciones han ido aumentando en poder a partir de las décadas 70 y 80 cuando se puso en marcha la red Echelon. En todo el mundo, todas las comunicaciones por correo electrónico, teléfono y fax son regularmente interceptadas por Echelon, cuyos ordenadores extraen de la masa de informaciones los mensajes que contienen palabras-clave sensibles” (Rivière, 1999 : 28).**

Esta red de espionaje y los servicios de información para interceptar las señales de comunicaciones importantes para la seguridad nacional amplían así el poder de influencia de los sistemas de seguridad al control a las comunicaciones telefónicas, ciberespaciales y personales. La unidad de mando e integración, bajo la coordinación de los servicios de inteligencia e información de Estados Unidos, de los poderes públicos del Estado ha llevado incluso a situaciones recientes como la supeditación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a las directrices político-militares de la OTAN, concentrando las prerrogativas de intervención en manos del Pentágono.

## **Ciberguerra y criptografía**

En este nuevo modelo de guerra informacional, “el secreto generalizado está detrás del espectáculo como complemento decisivo de lo que muestra y, si vamos al fondo de las cosas, como su operación más importante” (Debord, op.cit., p.24) :

“El secreto domina este mundo, y ante todo como secreto de la dominación. Según el espectáculo, el secreto no es más que una necesaria excepción a la regla de la información abundante que se ofrece en toda la superficie de la sociedad, lo mismo que la dominación se habría reducido, en este mundo libre de lo espectacular integrado, a no ser más que un departamento ejecutivo al servicio de la democracia” (Debord, op.cit., p.72).

Para todo servicio de inteligencia el saber, en palabras de Debord, debe convertirse en poder, de acuerdo en este punto con la acertada teoría clausewitziana de la guerra :

“Desde las redes de promoción y control se pasa sin solución de continuidad a las redes de vigilancia y desinformación. En otros tiempos sólo se conspiraba en contra de un orden establecido. Hoy en día, un nuevo oficio en auge es conspirar a su favor. Bajo la dominación espectacular se conspira para mantenerla y para asegurar lo que sólo ella misma puede llamar su buena marcha. Esa conspiración forma parte de su propio funcionamiento” (Debord, op.cit., p.86).

“El espectáculo ha logrado que triunfe el secreto, y se halla forzosamente cada vez más entregado a los especialistas del secreto, que no todos, claro está, son funcionarios que van adquiriendo diferentes grados de autonomía respecto al control del Estado; que no todos son funcionarios” (Debord, op.cit., p.93).

El cambio de la doctrina militar no significa, sin embargo, una modificación sustancial de sus presupuestos ideológicos de partida. La argumentación política y la retórica oficial del establishment norteamericano no ha variado, en lo sustancial, el discurso esgrimido durante los años setenta. La guerra de Kosovo y otros conflictos liderados por la acción directa o encubierta de los Estados Unidos siguen por otra parte reeditando mundialmente una doctrina de la seguridad nacional en la que junto a un militarismo exacerbado y el más ferviente anticomunismo se desarrolla la nueva concepción regional de los conflictos bélicos basada en el dominio de los factores de infraestructura, producción y circulación de la información por las redes tecnocomunicativas cuyo principio es la extensión total de la fuerza y la doctrina de seguridad espacial y temporalmente.

## **Guerra en tiempo real**

La guerra en tiempo real, basada en la gestión de los procesos de explotación informativa a través de las redes telemáticas, no sólo ha promovido el desarrollo de Internet y mucho antes las plataformas espaciales de satélites de teledetección y vigilancia global de los escenarios geoestratégicos, sino, más allá aún, incluso la asimilación de una cultura bélica de la comunicación totalitaria y omnipresente. La guerra en tiempo real se ha extendido a la concepción de los sistemas informativos como medios de vigilancia permanente en la interceptación, transmisión y control de las comunicaciones civiles. “Esto explica la urgencia de superar la antigua perspectiva del espacio real desde el punto de vista de la fuga, en beneficio de la puesta en marcha a escala global de una perspectiva en tiempo real, de la fuga instantánea de todos los puntos , los pixels de la imaginería digitalizada” (Virilio, 1998 : 4).

## **Información en tiempo real**

La condición funcional de la nueva doctrina bélica de la guerra informacional es la realización en directo de la guerra, la organización desinformativa del acontecimiento, de “eventos mediáticos”, manipulando lo que está pasando, lo que pasó y el conocimiento sobre las consecuencias derivadas del conflicto. En la nueva concepción militar de la comunicación colectiva, “el primer designio de la dominación espectacular es hacer desaparecer el conocimiento histórico”:

**“Cuando lo importante se hace reconocer socialmente como lo que es instantáneo y lo seguirá siendo al instante siguiente, que es otro y el mismo, y que reemplazará cada vez a otra importancia instantánea, entonces cabe decir también que el medio utilizado garantiza una especie de eternidad a esa insignificancia que grita tanto”** (Debord, op.cit., p.27).

La desrealización de la experiencia histórica es hoy uno de los factores estratégicos de la cultura mediática instrumentada por la política de desinformación militar. De acuerdo con la hipótesis expuesta por Dominique Wolton, la guerra en tiempo real experimentada mundialmente con motivo del bombardeo sobre Irak inaugura una nueva escalada de violencia simbólica en la extensión de los conflictos bélicos. La transmisión en tiempo real de los episodios de conflictos como el de Kosovo significa, en fin, la abolición pública de la historia, la administración y anulación de la dialéctica de los “acontecimientos sociales” por la sobresaturación de relatos hiperrealistas, datos irrelevantes, explicaciones especializadas y noticias difícilmente verificables.

Durante la guerra del Golfo, la preocupación por la duración del conflicto hacía manifiesto, como en la guerra de Kosovo, el principio de la nueva doctrina militar del Pentágono, según el cual el éxito de la guerra depende de la capacidad de control de la opinión pública y de dominio en la intensidad y orientación temática de las noticias a cargo de la cobertura informativa por los medios, en la que se privilegiaba el objetivo de mostrar el acontecimiento inmediatamente, ocultando el proceso de hipermediatización para movilizar internacionalmente a la ciudadanía en favor de la estrategia de agresión y la solución bélica a los conflictos :

**“La capacidad para controlar la velocidad, especialmente en la informática y los espacios inmateriales, se ha hecho primordial. El considerable desarrollo de medios nacionales de información y su orientación hacia nuevos riesgos, confiere a Estados Unidos una forma de liderazgo de los países industrializados. Estas opciones diseñan una estrategia que no permite evitar sistemáticamente los enfrentamientos violentos y la gestión del combate, pero que favorece la selección de empresas, la economía en vidas humanas y una gestión más flexible de los conflictos que hay que justificar ante una opinión pública y unos responsables políticos cada vez más informados” (Najman, 1998 : 4).**

Las cámaras digitales incorporadas en los cascos de los marines norteamericanos que cubrieron en directo la guerra de Haití o la ocupación de Somalia son, en este sentido, un pálido reflejo del “grifo de imágenes administradas” según la lógica bélica de la nueva guerra informacional. Especialmente desde la guerra del Golfo Pérsico, la guerra televisiva es una guerra ficcionalizada, una guerra high tech, de información-espectáculo en directo.

La idea de la guerra en tiempo real es en este punto complementaria y plenamente funcional a la narrativa audiovisual, mostrando la historia mientras se hace, bajo el manto y la retórica populista del infoentretenimiento, remedo del mercado y el discurso del pensamiento único. Como apunta Norman Birnbaum, “no hay debate nacional sobre el papel de Estados Unidos en el mundo. Aunque tampoco lo hay sobre los contornos de la sociedad estadounidense. Estas carencias generales tienen un denominador común, la despolitización generalizada de una nación que, sorprendentemente, todavía se considera un modelo de democracia” :

**“La destrucción de las alternativas políticas es también una consecuencia de la mala educación sistemática propagada por los medios de comunicación. El frenético mosaico de imágenes que nos avasallan últimamente denota el nacimiento de una nueva formación histórica : el Estado nacional del espectáculo. Las fronteras entre el conocimiento y la ignorancia, las ideas serias y la ficción ridícula se han desvanecido” (Birnbaum, 1998 : 15).**

Como también se borran y vuelven imprecisos los límites de la guerra y la paz, de la fuerza militar y de seguridad pública o la táctica y la estrategia militar, entre el momento de la planeación y el momento de la intervención. “Al utilizar más información, con mayor rapidez; al acelerar el proceso de toma de decisiones; al tomar acciones en lugares más distantes, en menos tiempo y bajo condiciones más diversas, orquestando los sistemas de maniobra y fuego de todos los servicios; y creando y manteniendo la



cohesión entre unidades más dispersas – todo bajo la cuidadosa supervisión de la cobertura por parte de medios de comunicación casi instantánea – los líderes del Ejército de Estados Unidos de la era de la información pensarán de una manera diferente a los de la era industrial” :

**“Los ejércitos de la era de la información conocerán la ubicación de sus propias fuerzas con mayor precisión que antes, a la vez que podrán impedir que el enemigo tenga acceso a esta información. Por último, esta información amiga y enemiga se distribuirá entre las fuerzas terrestres, marítimas, aéreas y espaciales con el fin de crear una percepción común del campo de batalla entre las comandantes y estados mayores de los ejércitos de la era de la información. Este conocimiento compartido de la situación, complementado con la agilidad para conducir operaciones continuas diurnas y nocturnas, es lo que les permitirá a los ejércitos en la era de la información observar, decidir y actuar con mayor rapidez, más precisión y mayor decisión que sus enemigos. La velocidad y la precisión se están tornando en los requisitos predominantes en el campo de batalla” (Sullivan/Dubik, 1995 : 37).**

Optimizar la velocidad y calidad del procesamiento de información, así como los sistemas de inteligencia y toma de decisiones constituyen en este punto principios de consolidación de la nueva estrategia de operatividad y táctica bélica, siendo la tecnología inteligente ( y sus modalidades de vínculo social y político, de liga y estructuración organizativa a ella asociadas ) el eje articulador de la guerra informacional cuya estrategia globalizadora incluso comprende la conversión de los derechos humanos en arma de guerra y las actividades de cooperación en medio disuasorio y eficazmente persuasivo de la nueva guerra psicológica.

## **La guerra humanitaria**

La asistencia e intervención por motivos humanitarios constituye un nuevo eje revitalizado en la doctrina de la guerra informacional, como argumento legitimador en la retórica propagandística de este final de milenio. La guerra humanitaria de Kosovo, bajo la coartada de combatir el genocidio, o en otros casos la asistencia frente a catástrofes provocadas por hambrunas y desastres naturales teje en el discurso mediático una inversión paradójica de las misiones de paz bajo liderazgo de los marines estadounidenses, por la que subsumir el poder y la iniciativa civil bajo el control del mando militar como un instrumento más de propaganda en la guerra psicológica. En las nuevas formas de intervención, el Pentágono contempla el recurso a los cuerpos paz, tan conocidos en las estrategias de información y contrainsurgencia aplicados en Latinoamérica desde la década de los sesenta, ante situaciones de violencia masiva contra poblaciones, actos de terrorismo o subversión. De hecho, durante por ejemplo la administración Clinton se han venido impulsando agresivas operaciones de “pacificación” en lo que se ha dado en llamar la “segunda generación de operaciones de la paz”.

Las estrategias de intervención no convencional y de acción directa comprenden la integración de las Unidades de Asuntos Civiles con las divisiones de Operaciones Psicológicas, las Fuerzas Especiales y las actividades de Inteligencia Militar en la ejecución de acciones defensivas, el control de la inmigración, el contraterrorismo, las misiones humanitarias o las acciones ecológicas. Las actividades de las ONG’s, de organismos internacionales como la Cruz Roja, y por supuestos de organismos como los cuerpos de paz de las Naciones Unidas son así utilizadas como soporte de la guerra psicológica, la inteligencia militar y la difusión de la propaganda legitimadora de las guerras humanitarias en nuestro tiempo.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- AGUIRRE, M. y MATHEWS, R. (1989) : *Guerras de baja intensidad*, Madrid : Fundamentos.
- ALEXANDRE, L. (1988) : *The Voice of America : from latente to the Reagan doctrine*, Norwood : Ablex.
- BARNET, R. (1990) : “Los costos y peligros de la intervención”, en Michael Klare y Peter Kornbluch (Coords.) : *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*, México : CNCA/Grijalbo.
- BARNETT, F. y LORD, C. (Eds.) (1989) : *Political Warfare and Psychological Operations. Rethinking US Approach*, Washington : National Defense University Press.
- BREHAM, Sandra (1993) : “Global surveillance, media policies and civil liberty”, en *Media Development*, Vol. XL, WACC.
- BROWN, S. (1996) : “PSYOP in Operation Uphold Democracy”, en *Military Review*, septiembre-octubre.
- CHOMSKY, N. (1996) : *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Barcelona : Crítica.
- CHOMSKY, N. (1992) : *Ilusiones necesarias. Control del pensamiento en las sociedades democráticas*, Madrid : Libertarias/Prodhufi.
- CHOMSKY, N. y HERMAN, E. (1990) : *Los guardianes de la libertad*, Barcelona : Crítica.
- COHEN, J. y ROGERS, J. (1993) : “El pensamiento social de Noam Chomsky”, en *Voces y Culturas*, número 5-I Semestre, Barcelona.
- DEBORD, Guy (1999) : *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona: Anagrama.
- DREW, E. (1981) : *Portrait of an Election : The 1980 Presidential Campaign*, Nueva York : Simon and Schuster.
- ELIASCHEV, J.R. (1981) : *Reagan, USA, los años ochenta*, México : Folios Ediciones.
- EUDES, Y. (1984) : *La colonización de las conciencias. Las centrales USA de exportación cultural*, México : Gustavo Gili.

- HERMAN, E. (1998) : “El modelo de propaganda revisitado”, en Voces y Culturas, número 14-II Semestre, Barcelona.
- IBÁÑEZ, J. (1992) : “Defensa contra el control del pensamiento”, en La Esfera-El Mundo, sábado 2 de mayo.
- LORD, C. (Ed.) (1988) : *The Presidency and the Management of National Security*, Nueva York : Free Press.
- McLAURIN, R.D. (Ed.) (1982) : *Military Propaganda. Psychological Warfare and Operations*, Nueva York : Praeger.
- MEZT, S. (1994) : “Previendo el futuro : el Ejército y los conflictos en países anárquicos”, en Military Review, septiembre-octubre.
- MILES, S. (1988) : *La verdadera guerra : un conflicto de baja intensidad*, México : CLEE.
- NAJMAN, M. (1998) : “Estados Unidos prepara las armas del siglo XXI”, en Le Monde Diplomatique, nº28, Año III, febrero.
- NIXON, R. (1985) : *No más Vietnams*, Barcelona : Planeta.
- QUIRÓS, F. (1998) : *Estructura internacional de la información*, Madrid : Síntesis.
- ROITMANN, M. (1989) : “El Documento de Santa Fe en el contexto de la política de los Estados Unidos”, en Revista Contrarios, número 2, Madrid.
- SELSER, G. (1988) : *El Documento de Santa Fe, Reagan y los Derechos Humanos*, México : Alpa Corral.
- SELSER, G. (1982) : *Reagan entre El Salvador y Las Malvinas*, México : Mex-Sur.
- SIERRA, F. (1997) : *Comunicación e insurgencia. La información y la propaganda en la guerra de Chiapas*, Gipuzkoa : Iru.
- SMITH, P.A. (Ed.) (1989) : *On Political War*, Washington : National Defense University Press.
- SULLIVAN, G. y DUBIK, J.M. (1995) : “Cómo se libraré la guerra en la Era de la Información”, en Military Review, mayo-junio.
- WEINBERGER, C. y SCHWEIZER, P. (1997) : *The Next War*, Nueva York : Regnery Publishing.
- WOLTON, D. (1992) : *War game. La información y la guerra*, México : Siglo XXI.

- 
- **Profesor Asociado de Teoría de la Información. Departamento de Periodismo. Universidad de Sevilla.**

<http://www.cedicom.tk/>

<http://www.inecomdes.tk/>